

Santos Juanes que estáis en Larache

Juan Goytisolo y Jean Genet, amigos en vida y dos de los creadores más irredentos de la literatura, prosiguen su conversación interrumpida por la muerte en el cementerio español de Larache, Marruecos.

Javier Valenzuela



—¿Y su 'Diario del ladrón'?

—Lo escribí en prisión.

—¿Cree que sólo se escribe buena literatura cuando se está encerrado en una cárcel, sea real o ficticia?

Me miró fijamente.

—Escuche, hace demasiadas preguntas personales. No quiero hablarle de mí ni de mis asuntos.

'Jean Genet en Tánger', Mohamed Chukri (Cabaret Voltaire, 2013)

Los cuervos y las gaviotas se disputan el espacio aéreo sobre el cementerio español de Larache. No llegan a enzarzarse a picotazos; graznidos, aleteos y acrobacias exhibicionistas parecen ser de momento las únicas armas del duelo. Contemplo a unos y otras durante un buen rato a través de mis gafas de sol. Se recortan contra un cielo tintado de un azul muy alegre y apenas atravesado por unas cuantas nubes holgazanas. Me vuelvo luego hacia Abelardo Muñoz y le digo:

—¿Sabes qué? Las gaviotas cada vez me dan más mal rollo. Son igual de carroñeras que los cuervos, pero tienen mejor reputación. Será porque son blancas.

—Sí, *jai* —responde—. A mí los cuervos hasta me parecen aves de buen agüero.

Nos miramos sonrientes. Qué se jodan las gaviotas.

Los amigos nos llaman para que nos hagamos todos una foto de grupo ante la tumba de Juan Goytisolo. Allá vamos Abelardo y yo.

Larache está al sur de Tánger, a unos 70 kilómetros a vuelo de pájaro. A Mohamed Chukri le gustaba contar que fue en una escuela de esta localidad agrícola y marinera donde aprendió a leer y escribir cuando ya tenía unos 20 años de edad. Para entonces, Marruecos había recuperado su independencia, Larache había dejado de ser una de las joyas del Protectorado Español y Tánger ya no era una ciudad internacional propiedad de todos y de nadie. Hijo de una familia pobre, violenta y analfabeta del Rif, Chukri terminaría instalándose en Tánger. Allí desarrollaría su vida de bebedor, mujeriego, escritor marginal y, sobre todo, ciudadano libre y digno. Allí conocería a Jean Genet y Juan Goytisolo, otros dos rebeldes.

Nos hacemos una foto de grupo. La tumba de Goytisolo es vecina y paralela a la de Genet, en un privilegiado rincón de la *makbara* española de Larache. Las dos se me antojan quillas de buques que, sorteando la cornisa de Larache, estarían dispuestos a adentrarse por el Atlántico en una navegación delirante que les condujera a alguna Isla de la Tortuga.

Volvemos a hacer una foto, ahora cambiando de retratista. El blanco de los sepulcros de Genet y Goytisolo contrasta con el ocre rojizo de la tierra norteafricana. Ninguno de ellos lleva otra inscripción que los nombres de los escritores y las fechas de sus nacimientos

y defunciones. Eso me gusta: el visitante puede imaginarles los epitafios que más le apetezcan.

Jean Genet (19 Diciembre 1910 — 13-14 de abril de 1986); Juan Goytisolo (Barcelona 1931—Marrakech 2017). ¿Cómo recordarlos? ¿Como dos escritores malditos que iluminaron escondrijos oscuros del ser humano con tanta intensidad como brilla el sol sobre sus tumbas? Puede ser. ¿Como dos europeos heterodoxos y pecadores que encontraron un paradójico refugio en Marruecos, tierra de autoridad y religión? Es igualmente aceptable. ¿Como dos autores cuyas vidas fueron tan o más literarias que sus inclasificables libros? No se estaría mintiendo.

No hay verdad absoluta. La sabiduría está tejida con muchas verdades diferentes. Genet y Goytisolo vivieron y escribieron de un modo tal que la enfermedad podía ser asimismo el remedio. Siempre fueron ajenos a lo canónico.

Es el primer día del otoño de 2017 y el sol flamea con jovialidad, realzando la luminosidad del Marruecos oceánico. Las aguas del Atlántico refulgen con un azul limpio y profundo. Un día perfecto para visitar las tumbas de los Santos Juanes.

Es lo que estamos haciendo un grupo de amigos que, el día anterior, participamos en un acto literario en el Instituto Cervantes de Tánger. Nadie lo ha planeado así, pero nos ha salido toda una delegación de las Tres Culturas. A Larache hemos venido la sefardí Rachel Moyal, que durante tantos años regentara la Librairie des Colonnes, la diseñadora tangerina Salima Abdelhawab y varios españoles, entre ellos Merche Medina, José Ramón Alarcón, Abelardo Muñoz, Manuel Iradier y servidor. Les hemos traído flores a los Santos Juanes. Una rosa roja para Genet y un ramillete con los colores de la bandera republicana española para Goytisolo.

Nos sentimos contentos. Por un día tan precioso. Por la magia blanca y negra del lugar, tan conforme con las vidas y las obras de los dos maestros que aquí yacen. Por la complicidad que la cercanía de sus tumbas sella entre ambos. Abelardo tiene razón: los cuervos nos están dando buena suerte. Aceptemos agradecidos su *baraka*.

Rehago mentalmente el camino que, bordeando la costa atlántica, nos ha traído hasta aquí. Llego en un santiamén a Tánger y me encamino directamente al bar Au Pain Nu, próximo a la calle que antaño se llamaba Goya.

Confidencias entre escritores

Conversé por primera vez con Chukri en el que entonces era el restaurante del hotel Ritz, un establecimiento que nada tiene que ver con sus homónimos de París y Madrid. Él los había convertido en su oficina pública y allí cogimos una tajada monumental con la botella de Málaga Virgen que yo traía, un par de botellas de tinto marroquí y

LE DAMOS LA VUELTA AL MUNDO





LE MONDE *en español*
diplomatique

PARA COMPRENDER EL MUNDO

Periódico mensual de análisis e información internacional
www.monde-diplomatique.es

varias copas de bebidas espirituosas. Aquel restaurante ha sido ahora rebautizado con el nombre en francés de la obra de Chukri más conocida (*El pan desnudo* o *El pan a secas*, en sus versiones en castellano) y convertido en una especie de templo de su memoria.

Las paredes de Au Pain Nu están decoradas con muchas fotos de Chukri. Una de ella le muestra junto a Jean Genet. La negra e hirsuta cabellera del entonces principiante escritor marroquí discrepa del cráneo desnudo del ya célebre autor francés. A los dos se les ve con rostro serio; no eran gente de sonrisa fácil.

En *Jean Genet en Tánger*, un librito traducido del árabe por Rajae Boumediene para Cabaret Voltaire, Chukri contó sus encuentros con el autor del *Diario del ladrón* en la segunda parte de la década de 1960 y la primera

Los dos adoraban Tánger (refugio de traidores, en palabras de Genet) y por eso habían hecho tan buenas migas con el más ilustre canalla de la ciudad, Mohamed Chukri

mitad de la de 1970. Encuentros las más de las veces celebrados en bares y cafetines de la capital del Estrecho: los del Zoco Chico, el del hotel El Minzah, el Café de París, el Claridge, Casa Manolo, Madame Porte... Aunque también se vieron en la Librairie des Colonnnes.

Chukri y Genet hablaban mucho de literatura, de poetas como Baudelaire, Rimbaud, y Mallarmé, de la socrática actitud ante su juicio de Mersault, el protagonista de *El Extranjero*, de Camus, de la biografía de Genet que había escrito Jean-Paul Sartre. Genet le contaba asimismo a Chukri sus aventuras de juventud por el Barrio Chino de Barcelona, le informaba de que tenía vetada la entrada en Estados Unidos al mismo tiempo que sus libros estaban prohibidos en la Unión Soviética y le reconocía que él siempre estaba triste pero que sabía muy bien por qué.

Regreso mentalmente al cementerio de Larache, me acerco a Abelardo, que contempla ensimismado el sepulcro de Genet, pongo una mano en su hombro y le recuerdo una cita del escritor francés recogida en el librito de Chukri.

—Siempre hay que robar a los que tienen más, predicaba Genet.

—Por supuesto —responde raudo. Saca un pitillo, lo enciende, le da una calada y añade:— Genet también le habló a Chukri de su aversión por la Policía. Decía que la Policía

no es humana y que el día que lo sea ya no será Policía. Supongo que si lo dijéramos o escribiéramos algo semejante en la España actual nos aplicarían la Ley Mordaza.

Cabeceamos asertivamente. Abelardo es un periodista y escritor valenciano del que soy amigo desde hace nueve lustros. Creo que fue él quien me habló por primera vez de Genet en la Valencia de las postrimerías del franquismo, un tiempo al que cada vez se va pareciendo más el presente.

A la medina de Larache hemos llegado en dos furgonetas alquiladas en Tánger. Una vez allí, no nos ha sido difícil dar con el viejo camposanto español: está a la vera de su extremo meridional. Allí están enterrados muchos soldados de Alfonso XIII caídos en las guerras coloniales africanas y muchos de los civiles españoles que vivieron feliz-

mente en esta ciudad durante el Protectorado. Su puerta enrejada estaba cerrada, pero han bastado unos bocinazos para que nos la abriera la señora que cuida del lugar. Lleva una chilaba y un hiyab muy baqueteados y arrastra una cohorte de niños.

Santificado por Sartre

Se me acerca Salima Abdelhawab. Está emocionada. Conoció a Goytisolo en Tánger, ciudad en la que veraneaba el escritor huyendo de los calores de Marrakech y donde la familia de Salima formaba parte de sus amigos más próximos. Salima es muy sincera: me reconoce que, en cambio, no sabe demasiadas cosas de Genet.

Le cuento que Genet fue delincuente juvenil y homosexual confeso en un tiempo en que esto era estigmatizado y perseguido con saña, y añado que se alfabetizó y convirtió en escritor en la mismísima cárcel. Completo el retrato con la historia sobre el entierro de Genet en Larache que tantas veces me contó Goytisolo con una sonrisa divertida.

Resulta que Genet murió en un hotelito de París, asfixiado por un cáncer de garganta que no había logrado que dejara de fumar sus sempiternos Gitanes. Pero como había expresado el deseo de que sus despojos no yacieran en Francia, un grupo de amigos se las ingenió para falsificar la documen-

tación correspondiente, expedirlos a Marruecos como si fueran los de un inmigrante magrebí y conseguir que recalaran en el cementerio español de Larache.

Goytisolo solía añadir que Genet se había convertido de este modo en una especie de *marabut*, un santo al que las gentes del lugar acudían para pedirle ayuda en asuntos de amores, fertilidad, enfermedades o buena fortuna laboral y administrativa.

En realidad, fue Sartre el primero en santificar a Genet en la larga y abstrusa biografía que le consagró en 1952: *Saint Genet comédien et martyr*. En aquel año Goytisolo aún no se había refugiado en París para escapar de la España franquista, pero no tardaría en hacerlo. Allí, en la editorial Gallimard, el entonces joven escritor en la lengua de Cervantes conocería a Sartre y Genet.

A Goytisolo yo lo conocí en los años 1980 en Marrakech y luego volvía a verlo muchas veces allí mismo y también en París, Madrid y Tánger. Siempre tuve la impresión de que le tenía un gran respeto intelectual a Sartre, pero que su relación con Genet había sido mucho más fraternal, la de una pareja de piratas compadreado en la taberna canalla de una isla literaria. Por eso los dos adoraban Tánger —“repaire des traîtres”, refugio de traidores, en palabras de Genet, que en su caso eran un elogio- y por eso los dos había hecho tan buenas migas con Mohamed Chukri, el más ilustre canalla de la ciudad.

Goytisolo escribió en Tánger su *Reivindicación del conde don Julián*. Pienso que, de todas las novelas paridas en castellano en la capital del Estrecho, esa obra y *La vida perra de Juanita Narboni*, de Ángel Vázquez, son las más grandes con inmensa diferencia.

Me entristeció la muerte de Goytisolo en Marrakech, en junio de 2017. Aunque la esperaba en cualquier momento, me entristeció mucho. Perdí un maestro y un hermano mayor. Pero me alegré cuando supe que iba a ser enterrado en Larache, al lado de Genet. Escribí que ojalá su tumba también terminara convirtiéndose en un morabito, el morabito de Sidi Juan. Desde luego, con ese espíritu, el de peregrinación a un santuario, hemos acudido nosotros a este lugar en el primer día del otoño.

Al salir del cementerio, nos percatamos del pestazo a basuras fermentadas, de las chabolas inmundas y del huido trapicheo que lo cercan. Este, pensamos con alborozo, es el epitafio que les faltaba a las tumbas de los Santos Juanes, el epitafio de la humanidad doliente y buscavidas.

Almorzamos una riquísima fritura de pescado en un restaurante popular de la porticada Plaza de España de Larache. Rachel Muyal palmorea de contenta y todos la queremos aún más. ■